

Analfabetos funcionales titulados

por Gonzalo Guijarro Puebla

El autor del presente artículo es profesor de secundaria en Andalucía, con lo que los hechos que describe pueden no producirse en otras comunidades autónomas. Sin embargo, los resultados educativos por autonomías que reflejan diversos informes nacionales e internacionales permiten suponer que en muchas de ellas la situación no diste gran cosa de la aquí descrita. En cualquier caso, la pedagogía ideológica subyacente a la LOE, vigente en todo el país con ligeras variantes, está en la raíz de las situaciones que aquí se denuncian.

En estos últimos meses, mi trabajo me ha recordado una obviedad: conocer de oídas una realidad sangrante no es lo mismo que enfrentarse a ella físicamente. Viene lo anterior a santo de que, como profesor de instituto que soy, con treinta y tres años de experiencia en el oficio, sé hace ya mucho tiempo que la actual secundaria es, en buena medida, una fábrica de analfabetos funcionales. Sin embargo, en parte gracias a que imparto clases de física y química y en parte gracias a que disfruto de reducción de jornada por labores sindicales, me había ido librando de enfrentarme físicamente a las terribles consecuencias de ese hecho escandaloso. Quiero decir que me había ido librando de impartir clases a analfabetos funcionales con el título de secundaria en el bolsillo.

Para que los no familiarizados con los entresijos de nuestro actual sistema de enseñanza puedan entender cabalmente este artículo no estará de más explicar que al bachillerato de ciencias, en el que he dado exclusivamente clases estos últimos cursos, suelen ir en general los alumnos que, por unas u otras razones, han acabado la secundaria con una formación aceptable. Esto es perfectamente comprensible; el estudio de las ciencias, quizás debido al uso intensivo de la herramienta matemática, no admite con facilidad las componendas. O las admite con mayores dificultades que las letras. En cualquier caso, a lo largo de estos últimos cursos, yo ya venía observan-

do en los alumnos de ciencias una soltura cada vez menor a la hora de describir por escrito, e incluso verbalmente, fenómenos naturales sencillos.

Pero hete aquí que a los muy sesudos pedagogos que diseñan los contenidos a impartir en cada curso se les ocurrió que era imprescindible dotar de cultura científica a los alumnos de los bachilleratos de letras. Aparentemente, una impecable apreciación: en un mundo regido por la ciencia y la tecnología nadie puede considerarse un verdadero humanista sin conocer las posibilidades y peligros ante los que nos sitúa la ciencia. Con su habitual sencillez, estos pedagogos dieron en denominar al resultado de tan perspicaz ocurrencia "Ciencias para el mundo contemporáneo", e incluyeron la asignatura en el primer curso de bachillerato.

La consecuencia inmediata de esa sabia medida para mi vida profesional fue que me vi enfrentado al estimulante desafío de explicar ciencia sin recurrir a la eficazísima herramienta matemática, que permite razonar a velocidades vertiginosas. Al fin y al cabo, ya Einstein dejó dicho que los conceptos y leyes científicas son perfectamente comprensibles sin necesidad de cálculo, de números, de matemáticas.

De lo que (al menos que yo sepa) no dijo nada Einstein fue de la posibilidad de enseñar ciencia a seres humanos que, después de pasar al menos diez años en lo que se supone que es el sis-

tema de enseñanza de un país civilizado, han de ser catalogados como analfabetos funcionales. Y que conste que lo de analfabetos funcionales no es ninguna hipérbole; estoy hablando de analfabetos funcionales de manual, y en considerable porcentaje sobre el total del grupo. La letra garrapateada e incomprensible de que hacen gala estos alumnos es lo de

Lo

realmente grave es su manifiesta incapacidad para ordenar y exponer ideas de manera comprensible.

menos; ni siquiera las innumerables faltas de ortografía o concordancia me escandalizan ya, a estas alturas del pedagogismo imperante. Lo realmente grave es la esencial incoherencia de su redacción, su manifiesta incapacidad para ordenar y exponer ideas de manera comprensible, la supina ignorancia de que dan muestra a la hora de colocar preposiciones y conjunciones... En suma, su evidente inepticia para la comunicación de todo lo que no sean pulsiones primarias. Así que no quito el dedo del renglón: analfabetos funcionales titulados en secundaria.

Analfabetos funcionales víctimas de un sistema perverso, que les ha negado, con el pretexto demagógico de un falso igualitarismo, un aprendizaje al que tenían derecho.

Analfabetos funcionales carísimos; porque, si no estoy mal informado, cada plaza escolar nos sale a los contribuyentes por unos dos mil euros al año, con lo que al acabar la secundaria cada analfabeto funcional nos habrá salido al menos por veinte mil euros. A lo mejor me equivoco, pero no parece ésta la mejor manera de aprovechar los recursos humanos (ni económicos) en tiempos de crisis.

Analfabetos funcionales tiránicos, pues quienes han ido pasando curso tras curso sin merecerlo, hasta recibir un título que no acredita de hecho conocimiento alguno, se muestran absolutamente convencidos de su estricto derecho a conseguir por el mismo procedimiento el título de bachillerato, y reaccionan con violenta indignación ante el primer profesor que se atreva a suspenderlos. Poner de manifiesto lo incoherente de su redacción y lo incomprensible de sus exposiciones (por llamarlas de alguna manera) sólo sirve para incrementar la violencia de sus protestas; cualquier argumento tendente a mostrarles las graves consecuencias que tan escandalosa

ignorancia tendrá para su vida futura es acallado por un griterío amenazante. Sinceramente, dudo mucho que Einstein estuviera pensando en un auditorio semejante cuando dijo que la ciencia es también comprensible para personas sin formación matemática.

Bueno y ¿cómo se ha llegado a una situación tan delirante? Pues desde luego, no ha sido cosa de un día, pero quizás la mejor forma de delimitar responsabilidades sea empezar rastreando desde la situación concreta que acabo de describir.

Resulta evidente que los alumnos de que hablo no están capacitados para cursar el bachillerato. La pregunta es ¿cómo han llegado hasta ahí? Por una parte, gracias a una legislación educativa que les ha permitido pasar de curso una y otra vez con un montón de asignaturas suspensas. Por otra, presionando a los docentes para que disminuyan los niveles de exigencia por debajo incluso de lo que exige esa misma legislación; es decir, para que los aprueben indebidamente.

¿Cómo se presiona a los docentes? Pues de varias maneras; la más notoria creo que es el llamado "Plan de Calidad", que consiste en ofrecer 7.000 euros repartidos en cuatro años a los profesores que incrementen el número de aprobados. Pero hay otras más sutiles y perversas que requieren una cierta explicación. La inspección de secundaria estaba formada, hasta no hace mucho tiempo, por titulados universitarios en las distintas especialidades que habían sido, en principio, profesores. Esos especialistas en las diversas asignaturas, con experiencia docente, accedían a la condición de inspectores mediante una oposición. Su función como tales era fundamentalmente técnica; es decir, controlaban la competencia y eficacia docente de los profesores de su asignatura. Actualmente, la cosa ha cambiado; la inmensa mayoría de los inspectores de secundaria son antiguos maestros de primaria que, mediante el llamado "curso puente", obtuvieron la licen-

La

formación intelectual quedará reservada exclusivamente a las familias que puedan enviar a sus hijos a centros privados.

ciatura en pedagogía, y posteriormente fueron designados "a dedo" inspectores. Es decir, personas sin conocimiento específico de ninguna asignatura, sin experiencia docente en secundaria y que no han acreditado en ningún concurso

público sus capacidades. Como cualquiera puede comprender, semejante historial coloca a estos inspectores de nuevo en una situación de dependencia servil frente a los cargos políticos a los que deben su nombramiento. Este diseño nada inocente tiene el resultado práctico inmediato de transformar un cuerpo inicialmente técnico en otro de comisarios políticos o pedagógicos. Unos comisarios pedagógicos que habrán de velar, a cualquier precio, por el aparente éxito del sistema vigente. Esto se traduce en la presión sobre cualquier profesor que, aun ateniéndose rigurosamente a la legislación, suspenda más de lo que conviene a los cargos políticos. Se abre así la puerta a las visitas extraoficiales (no se levanta acta) de los inspectores a los profesores disidentes para amenazarles con sanciones, más o menos veladamente, si persistencia por un suspenso, comisiones secretas (sí, han leído bien: secretas) le enmienden la plana al titular de la asignatura y aprueben sin más al reclamante. El resultado de todas estas arbitrariedades es un enrarecimiento de la atmósfera de trabajo en los centros de enseñanza, en los que se va instaurando un miedo difuso y una turbia conciencia de que es preferible ceder a las presiones y, sobre todo, no mencionarlas. Todo un éxito para una pedagogía supuestamente progresista que dice centrar su interés en la transmisión de valores.

Además de todo lo anterior, el propio diseño de las nuevas pseudoasignaturas con que los pedagogos van desplazando a las verdaderamente formativas es también una forma de presión para que se apruebe a todo el mundo. Tomemos como ejemplo la ya mencionada de "Ciencias para el mundo contemporáneo". La idea es en principio impecable, está blindada por las apariencias, pero no resiste un mínimo análisis que parta de la realidad actual de las aulas. Lo urgente es que los titulados en secundaria sean al menos capaces de entender lo que leen y de escribir correctamente, no que los muchos anal-

Lo

urgente es que los titulados en secundaria sean al menos capaces de entender lo que leen y de escribir correctamente.

fabetos funcionales que actualmente ostentan el título adquieran una pátina de cultura científica. El hecho es que la imposibilidad de cumplir con el propósito oficial de la asignatura pone al profesor en la tesitura de denunciar la superche-

ría existente o aprobar a todo el mundo. Y la supresión del tratamiento matemático en la ciencia promueve la segunda opción.

Por lo demás, el futuro no se presenta muy halagüeño: el Reglamento Orgánico de Centros, que previsiblemente entrará en vigor el curso próximo, parece diseñado con la exclusiva

El

principal activo de un país es la formación de sus ciudadanos.

intención de facilitar las presiones sobre el profesorado y de desterrar definitivamente del sistema cualquier vestigio de formación intelectual. Una formación intelectual que quedará reservada exclusivamente a las familias que puedan enviar a sus hijos a centros privados.

Si atendemos al conjunto de todo lo anterior, no nos queda más remedio que buscar responsabilidades políticas. Y resulta que el mismo partido político que diseñó y puso en vigor la LOGSE, ante su innegable fracaso, no sólo dejó en suspenso la ley elaborada por sus adversarios en el Congreso para corregir sus más evidentes errores, sino que diseñó otra -la LOE- todavía más integrista en lo que a esos mismos errores se refiere. De esto se desprende que, para sus autores, la LOGSE no fracasó. Luego la verdadera finalidad tanto de la LOGSE como de la LOE no puede ser otra que impedir la formación intelectual (y no sólo intelectual) de los ciudadanos más desfavorecidos. Eso sí, escudándose siempre en un falso igualitarismo blindado por palabras agradables.

Todo esto no es, a mi entender, más que una forma de corrupción. Supongo que jurídicamente no podrá hablarse de malversación de fondos públicos, pero producir analfabetos funcionales a veinte mil euros la unidad, a mí me lo parece. El principal activo de un país es la formación de sus ciudadanos; que unos políticos se empeñen en impedirla por obcecación ideológica o interés partidario, especialmente en una situación de crisis como la actual, es un acto de sectarismo intolerable •

Gonzalo Guijarro Puebla es Portavoz de la Asociación de Profesores de Instituto de Andalucía, APIA